



HISTORIA GENERAL
DE
FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

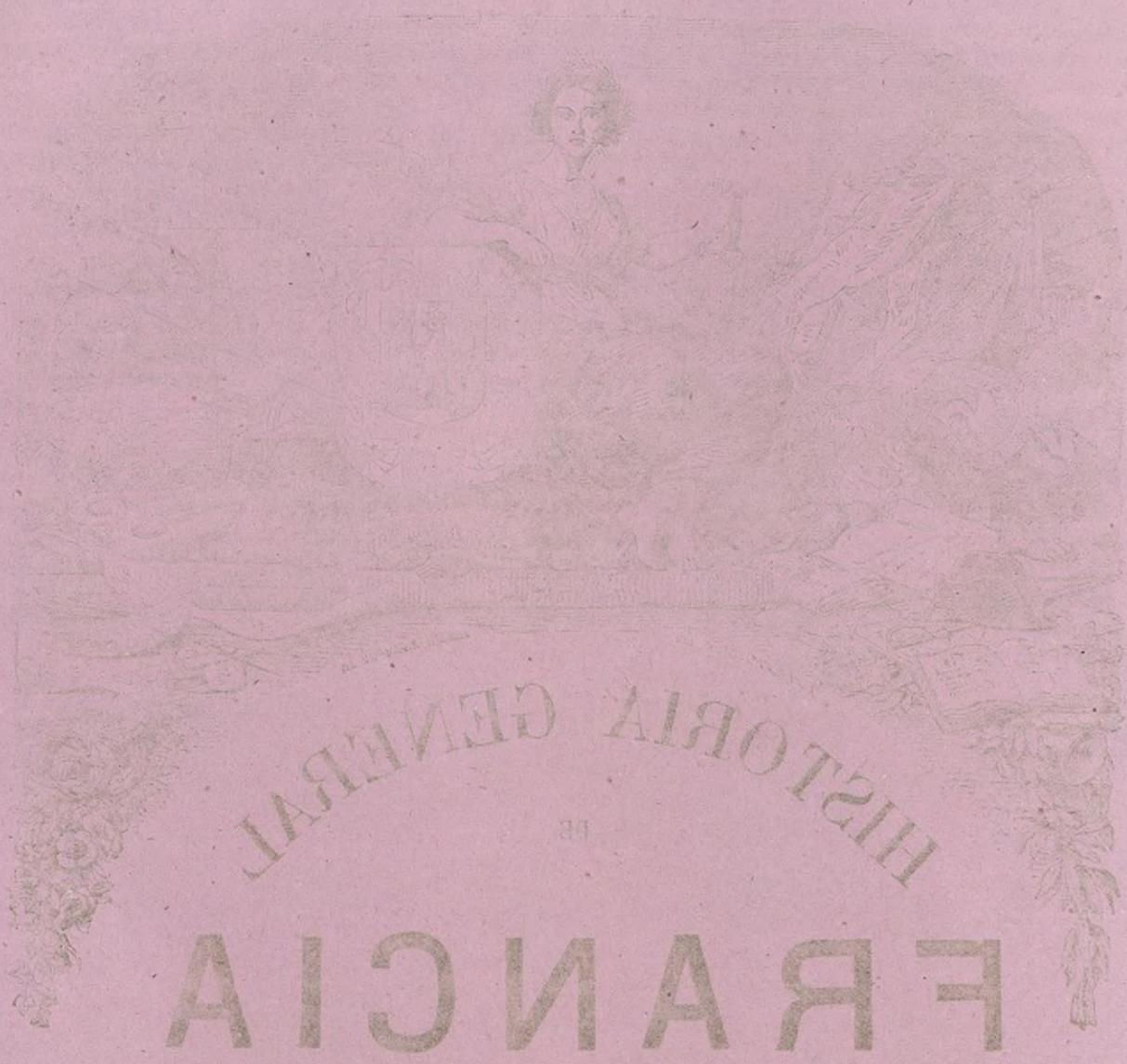
Entregas 16 y 17.

BARCELONA

EMPRESA EDITORIAL LA «ENCICLOPEDIA ILUSTRADA»

CALLE DEL CÁRMEN, NÚMEROS 30 Y 32.

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA—ADMINISTRADOR D. SIMÓN TORNER



D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 16 y 17.

BARCELONA

EMPRESA EDITORIAL LA ENCICLOPEDIA ILUSTRADA.

CALLE DEL CARMEN, NÚMEROS 30 Y 32.



DESPEDIDA DE GALSVINTA Y SU MADRE.

IMP. DE TASSO.

oro (900 reales). Finalmente si los jueces quedan convictos de haber juzgado con arreglo á una ley distinta de la de las partes contendientes, cada uno de los siete jueces deberá pagar la suma de 15 sueldos de oro.

No debe sorprendernos que una legislación basada principalmente en el dinero como castigo de casi todos los crímenes, diese origen á la corrupcion de costumbres que la raza merovingia fomentó con sus estravíos

penas corporales y hasta con la muerte el atentado que cometiera (1).

Además, las inmunidades ó mejor privilegios que usaban los grandes, quienes en general dominaban los tribunales puesto que los presidian, hacian ilusorias la mayor parte de las leyes cuando se trataba de castigar á un poderoso. Calcúlese el número de abusos que podia producir la siguiente ley dada por Dagoberto de Francia: «El que matare



CARLO-MAGNO EN LAS ESCUELAS.

y atentados. Siendo la ley cuestion de dinero, cualquier individuo rico podia cometer los crímenes que se le antojasen y aun sin pagar todo lo que marcaba la tarifa de la ley, porque era muy fácil sobornar á los que habian de administrar justicia, dándoles una suma inferior á la que hubiese de pagar el culpable. Falta decir que el criminal que no podia redimirse con su dinero ó con el de su familia, parientes y amigos, pagaba con

á un hombre de órden del rey ó del duque que mandase la provincia, no será perseguido por este hecho, y mucho menos condenado, porque ha cumplido la órden espresa de un superior, al cual no podia desobedecer; el duque tomará pues la defensa de ese

(1) Si quis hominem occiderit in totá facultate suá non habuerit undè totam legem implere valeat duodecim juratores donet, quod nec super terram nec subtùs terram amplius de facultate habeat nisi quod donatum habet etc. Tit. XLI *De Crenechrud.*

hombre y de sus hijos. Si el duque que dió la orden muriese, su sucesor quedará obligado á dispensar la misma proteccion (1).

Calcúlese tambien las funestas consecuencias de una ley tan bárbara y homicida que los reyes carlovingios adoptaron :

«El que mate á un hombre por orden del rey ó del duque que mande la provincia, no podrá ser perseguido ni condenado á multa alguna por este hecho, porque la ley y la orden del príncipe han cometido el homicidio, y porque aquel cuyo brazo lo ha ejecutado no podia negarse á ello. El príncipe pues y sus sucesores defenderán á este hombre y á sus hijos para que no perezcan, ni sufran perjuicio alguno; y si á causa del mismo asesinato el homicida y los suyos recibiesen algun mal ó perdieren la vida, el reo de este asesinato ó de este perjuicio tendrá que pagar una multa doble (2).»

Y ahora para que no se nos acuse de parciales en este juicio en el cual casi nada hemos pronunciado que no hayan ya dicho escritores y publicistas muy templados é imparciales, terminaremos diciendo con Saint Prosper (3): «ciertamente son claros y terminantes esos testos (los de las leyes que hemos citado) (4), y los hechos históricos mejor comprobados sirven de comentarios á este fatal artículo, que aun no habia entrado en las capitulares de los carlovingios, cuando ya los duques anticipaban su ejecucion. En vano se dirá que esto eran escepciones raras, pues tenian lugar á cada instante y se hallaban en todas las clases de la sociedad, de modo que el PRINCIPIO SE APLICABA RARA

(1) Si quis hominem per jussionem regis aut ducis qui illam provinciam in potestate habet occiderit, non requiratur ei nec fœdus sit quia jussio domini sui fuit et non potuit contradicere jussionem, sed dux defendat eum et filios ejus pro eo. Et si dux ille mortus fuerit, dux qui in loco ejus defendat eum. Lex. Baj. tit. II, cap. 8.

(2) Si quis jussione regis vel ducis illius qui ipsam provinciam regit hominem occiderit, non requiratur ei nec propterea fœdus sit quia lex et jussio dominica sui occidit eum et ipse non potuit contradicere. Princeps verò et successores ejus defendant eum et totam progeniem ejus ne ob hoc pereat et malum patiat. Quod si propterea ipse aut ejus progenies aliqui mali passi fuerint aut occisi, dupliciter componatur. Lib. V, cap. 367.

(3) Historia de Francia, tomo I, pág. 379.

(4) id. id. id.

vez, viniendo á ser la escepcion la que se aplicaba.»

En suma, la dominacion merovingia fué un gran azote para los pueblos sometidos á ella, y hasta diremos que si Brunehalda ha encontrado en nuestros tiempos algunos defensores de su infame conducta, se debe mas que á la conviccion de su inocencia, á la compasion que les habrá inspirado el espectáculo de su fin trágico. Ninguno de los miembros de aquella familia merece ser mencionado como persona digna de regir los destinos de una nacion, y su autoridad real fué pasando paulatinamente de sus manos impotentes á las de sus cortesanos que, arrastrados por el torrente de la corrupcion general que dominaba en aquella época, no vacilaron en emplear la traicion y perpetrar el crimen de lesa majestad para empuñar el cetro de sus señores.

Antes de entrar de lleno en la historia de Carlo-Magno, entresacaremos algunos párrafos de otros autores autorizados relativos á ese emperador franco, para que así nuestros lectores puedan formarse mas completa idea de uno de los períodos mas importantes de la historia de Francia.

«Pepino al morir dejó dos hijos varones, dice Saint Prosper: Cárlos, conocido con el nombre de Carlo-Magno, y Carloman. El hijo de Cárlos Martel creyó que debian rodear su lecho de muerte los principales leudos, condes, duques y obispos, para darles conocimiento del reparto que queria hacer de sus estados. Nadie, como es de creer, se atrevió á hacerle la mas ligera observacion relativamente á esta vana formalidad. Pepino se dejó llevar por el mismo espíritu de igualdad que poco antes habia presidido á los diversos repartos de la monarquía de los Francos, y quiso en cada porcion combinar las ventajas de los climas, ó si se quiere, sustituyó una idea que pertenecia al orden de la familia, á una idea esencialmente de orden político; pero este error no tuvo consecuencia funesta, pues á los dos años y medio habian desaparecido ya hasta las señales de

este reparto, que sin embargo dió ocasion muy luego á la discordia entre los dos hermanos. Los leudos que rodeaban á Carloman, hombre de poca valía, le inspiraron contra Cárlos unos celos tan violentos, que estallaron en breve. Hunaldo, duqué de Aquitania, que mas de veinte años atrás se habia retirado á un convento, salió de él á toda prisa para tomar las riendas del poder. Cárlos, al cual pertenecia una parte de la Aquitania, habia creado duque de los Gascones á Lupo, hijo de aquel mismo Atton á quien su hermano hizo arrancar los ojos. Los grandes de Aquitania, siempre ansiosos de novedades, acudieron á las banderas del anciano duque Hunaldo. Reunido Cárlos á su hermano, se pone en camino para ir á combatir al enemigo, pero antes de alcanzarlo, Carloman se retiró llevando consigo sus tropas. Esta separacion hubiera podido tener funestas consecuencias; pero Cárlos, no dando oidos mas que á su valor, se arrojó contra Hunaldo, el cual sin esperarle corrió á implorar la generosidad de Lupo. Este, olvidando la conducta de Hunaldo, se constituyó su intercesor para con Cárlos, al cual en adelante llamaremos Carlo-Magno. Este príncipe rayaba entonces en los veinte y tres años, y tenia ya aquella madurez de juicio que no se desmintió en todo el resto de su reinado, cuya duracion fué casi de medio siglo. Lejos de dejarse arrastrar por una cólera impetuosa ó por una falsa devocion, llevó á Hunaldo á Francia, enviándole despues á Roma. Antes de salir de la Aquitania elevó una fortaleza en las márgenes del Dordoña á la cual dió el nombre de Franciac, que el tiempo ha cambiado en el de Fronsac.

Affigida la viuda de Pepino al ver la discordia de sus dos hijos, y resuelta á reconciliarlos, atravesó los montes, para ir á negociar un doble casamiento que Didier, rey de los lombardos, le habia hecho proponer. Tratábase de casar á su hijo Adalgisa con Gisela, hermana de Carloman y de Carlo-Magno, y de unir á este con Désirée, hija de Didier. De estas dos alianzas reales

solo una tuvo efecto. Carlo-Magno casó con la hija de Didier, aunque segun el testimonio de algunos historiadores estaba ya casado, y en el año 771 quedó dueño de toda la monarquía de los Francos, por muerte de su hermano Carloman.

Antes de empezar la narracion de las largas y gloriosas guerras de este gran príncipe, es indispensable dar á conocer á nuestros lectores los motivos que las ocasionaron. Solo así puede juzgarse el carácter del nieto de Cárlos Martel. Por un prodigio único en la historia vemos sucederse unos á otros tres príncipes hábiles, y tener por heredero á un monarca que los supera á todos. Rindiendo el homenaje debido á la supremacia tan incontestable y brillante de Carlo-Magno, es preciso sin embargo reconocer que sus obras hubieran sido quizás estériles, á no estar preparadas por los trabajos admirables de sus antepasados, los cuales le allanaron el camino por donde anduvo á paso de gigante. Examinemos cuál era la posicion de este príncipe, en el momento que fué dueño del territorio de los francos: En el norte de su vasto imperio se hallaban los sajones (1), adversarios indómitos, á quienes Pepino habia fatigado á intérvalos, sin poder jamás vencerlos. Las comarcas de la Germania donde estos hombres vivian diseminados, eran inmensas; por la parte de oriente se los llamaba los Sajones Ostfalienses: al occidente Westfalienses; estando al centro los Agarienses. Estas hordas, ya que los sajones no merecian el nombre de pueblo, abandonadas á una idolatría sanguinaria, no respirando mas que asesinatos y pillage, miraban con horror hasta las apariencias de civilizacion. Los francos en un sentido no les llevaban mucha ventaja, pero el cristianismo enseñado por los obispos era un centro de luces que si bien pálidas, empañadas y como imperceptibles en sus reflejos, al fin establecian una línea de separacion, línea que los sajones en su sed inagotable de rui-

(1) Llamábanse ellos mismos hijos de la tierra roja.

nas y de desastres, deseaban ardientemente romper. Por esto se sublevaron por espacio de treinta y tres años, y por espacio de treinta y tres años los estuvo combatiendo Carlo-Magno, mezclando al triunfo de la fuerza la persuasiva de la religion, haciendo seguir á las batallas bautismos, y cambiando las penas en conversiones. En una

por el nieto de Martel. Es tambien de advertir que Carlo-Magno preservó al mismo tiempo la Italia, tierra en que quedaban todavía tantos vestigios de su esplendor antiguo. Un testimonio contemporáneo llevará al más alto grado de evidencia la verdad histórica que acabo de anunciar. Oigamos á Eginhardo, secretario de Carlo-Magno.



EGINHARDO Y SU ESPOSA.

palabra se esforzó en hacer cristianos á unos hombres que eran sus enemigos. Alguno por no haberlo sabido comprender le ha acusado de intolerancia; mas lo que prueba que no se engañó, es que los sajones y sus gefes, una vez penetrados de nuestra creencia, no inquietaron mas la monarquía de los francos, y dejaron desarrollarse en paz los gérmenes de la civilizacion sembrados entre nosotros

«La guerra que Carlo-Magno emprendió contra los sajones fué la mas larga de todas las que sostuvo, y tambien la que mas fatigó á su pueblo. Los sajones, como casi todas las naciones germanas, tenían un natural ferez; además estaban abandonados al culto de los demonios, es decir, al paganismo. Enemigos de nuestra santa religion, manchaban ó traspasaban los derechos divinos y

humanos. Otras causas turbaban además á cada instante la paz pública. Nuestras fronteras limítrofes á las suyas, estaban casi del todo abiertas, á escepcion de un corto número de espacios, separados por elevadas montañas ó espesos bosques. Espuestos sin cesar á las maldades y á los incendios de los sajones, estaban tan irritados contra estos, que no solo hicieron otro tanto, sino que los

gion *cristiana*. A veces se los hubiera creido dispuestos á cumplir sus promesas; pero se los veia destruir luego sus mismas obras; no habiéndose pasado un solo año, sin que se notasen de su parte muchas mudanzas; pero su volubilidad no pudo jamás vencer la grandeza de alma ni la constancia del rey, que tampoco dejó sin venganza ninguno de sus ultrages. Habiendo vencido por sí mis-



DEGRADACION DE LUIS EL BUENO.

atacaron abiertamente. Esta guerra, hecha con mucha animosidad de una y otra parte, se perpetuó por espacio de treinta y tres años, con grandes desastres, aun mas de parte de los sajones que de los francos, y hubiera terminado antes sin la perfidia de los enemigos. No acertáramos á decir cuántas veces fueron vencidos, cuántas se echaron suplicantes á los piés del rey, pidiendo paz y llevándole rehenes, cuántas domados y abatidos se empeñaron á abandonar el culto de los *demonios* y á someterse á la reli-

mo ó por medio de sus condes á todos los que solieran resistírsele, y teniéndolos bajo su poder, mandó sacar diez mil hombres de los que habitaban las riberas del Elba con sus mugeres y sus hijos, y los diseminó en la Galia y en la Germania, volviendo entonces á empezar la guerra. Los sajones renunciando en fin el *culto de los demonios y las ceremonias de sus padres*, abrazaron la *fè cristiana* y se sometieron á los sacramentos de la *religion*, y mezclados con los francos formaron en lo sucesivo un solo y único pueblo.»

Como se ve, esta era una guerra de civilizaci3n religiosa que Carlo-Magno sostenia en el norte de su imperio. Transportémonos ahora al mediodia, donde emprende una campaa contra los árabes, que es tambien otra lucha religiosa. «Estrechado por las solicitudes y movido al mismo tiempo por las divisiones intestinas de los cristianos que estaban bajo el dominio de los árabes en España, entra con un ejército en este reino (1).» Igualmente fué á combatir en la Normandía como defensor del papa, gefe de nuestra creencia. Así el monarca tuvo siempre las armas en la mano á título de caballero de la civilizaci3n cristiana. Todos estos sucesos no eran propios de su carácter, pero estaban en la misma naturaleza de las cosas, y representaban el espíritu del siglo á que pertenecia Carlo-Magno. Tales acontecimientos formaban, hablando con propiedad, la esencia de la convicci3n general, y es imposible ahogar en Europa esta misma convicci3n; puede sujetársela á reglas, contenerla dentro de ciertos límites, pero ningun esfuerzo es capaz de ir mas lejos. Por otra parte si Carlo-Magno abrazó con entusiasmo la creencia de su tiempo, supo reprimir los extravíos en que cayeron los hombres, cuya misi3n era propagar estas mismas doctrinas; reformó antiguos abusos, que tenian en su favor la autoridad del tiempo y la veneraci3n de los fieles, de modo que reunió lo mas difícil de reunir, esto es, la fuerza y la moderaci3n. No nos queda ya mas que precipitar la marcha en medio de los pormenores de este largo reinado. Los sajones, despreciando la juventud de Carlo-Magno, cuyo carácter no estaban tampoco en el caso de apreciar, hicieron irrupciones en la tierra de los francos. El jóven príncipe, soberano entonces del imperio entero, atravesó el Rhin con sus tropas, pasándolo todo á sangre y fuego, y para imprimir á la guerra su verdadero carácter,

arrancó hasta los cimientos el templo elevado á Irminsul, que se cree fuese el dios de la guerra de los sajones. Estos se presentaron á implorar la misericordia del vencedor, y le dieron rehenes. Desde el norte vuela Carlo-Magno al mediodia, en cuyo punto llaman su atenci3n circunstancias de la mayor gravedad. Cuando la muerte de Carloman, su viuda seguida de algunos partidarios, huyó llevándose á sus hijos al palacio de Didier, el cual se constituyó su caballero. Estraño parecerá á primera vista, que este príncipe abandonase la causa de su yerno para entrar en una cuesti3n que le era indiferente; pero Carlo-Magno habia repudiado á la hija de Didier para tomar su tercera consorte. El rey de los lombardos, movido del deseo de causar inquietudes al antiguo esposo de su hija, atormentó al papa Adriano para que consagrase reyes á los hijos de Carloman. Un pontífice tan sábio como Adriano no podia acceder á una petici3n de esta clase. La uni3n de unos príncipes incapaces de ejercer el mas leve influjo sobre los francos, solo podia convertir á un aliado cual Carlo-Magno, en enemigo temible. Prestándose á los deseos de Didier, aumentaba el influjo de este príncipe en Lombardía, forjándose él mismo sus cadenas. Adriano pues se libró del lazo que se le habia tendido, y á pesar del artificio que empleó el rey de los lombardos no pudo conseguir que el sumo pontífice consagrase á los hijos de Carloman, y ofendiera de esta manera al cristianísimo rey Carlos el Grande (1). Irritado de la negativa del papa, Didier le atacó. Adriano por su parte envió embajadores á Carlo-Magno, y este antes de intervenir envió á Lombardía á examinar el estado de las cosas á algunos mensajeros, quienes, antes de volverse á Francia, y bien convencidos de que la conducta del papa era irreprochable y exenta de todo cargo, se presentaron al rey de los lombardos, intimándole que le restituyese al solio ponti-

(1) Rex Carolus motus precibus et querelis christianorum qui erant in Hispania sub jugo Sarracenorum cum exercitu Hispaniam intravit.

(1) Anastasii Biblioth. Vita Adriani papæ, p. 183.

ficio las ciudades de que se habia apoderado. Didier contestó que apelaria de ello á la fuerza de las armas, aun contra el mismo Carlo-Magno. Este monarca envi6 nuevos embajadores al rey de los lombardos, y atravesando el Mont-Cenis se presentó y puso sitio á Pavía, en cuya ciudad se habia encerrado el rey de los lombardos, su muger y Hunaldo, aquel antiguo duque de Aquitania que atizaba por todas partes el odio contra el monarca franco. Carlo-Magno, reconociendo la imposibilidad de tomar por asalto la capital de la Lombardía, particularmente en medio de los rigores del invierno, dej6la bloqueada, y se dirigió á las provincias de Milan, Brescia, y Mantua. En Verona le entregaron á la viuda é hijos de Carloman sin que diga la historia lo que fué de ellos. Carlo-Magno, mientras sus tropas seguian estrechando á Pavía, resolvió visitar á Roma, de donde por orden del papa salieron á recibirle los jueces, los gefes de las corporaciones, los jóvenes que pertenecian á las primeras familias, y lo mas escogido de la poblacion, trayendo en la mano ramos de olivo, y seguidos de las cruces que era costumbre llevar delante de los exarcas y de los patricios romanos. Apenas divisó Carlo-Magno el signo de nuestra redencion, cuando se apeó, y con la comitiva fuése á pié hácia la iglesia de S. Pedro, en cuyas gradas le esperaba el papa, acompañado de todo su clero. El rey franco se detuvo en todos los escalones de la basilica, besándolos con respeto unos tras otros. Adriano le recibió en seguida á la entrada de la iglesia, donde el monarca y el pontífice se dieron un abrazo, y tomando el primero con la izquierda la derecha del segundo, entraron en el lugar santo, donde la multitud de los fieles entonó estas palabras del evangelio: *Bendito sea el que viene en nombre del Señor!* nueva justificacion de que el pueblo consideraba como santa la guerra entre Didier y Adriano. Carlo-Magno entró en Roma el sábado santo del año 774, siendo el primero de los reyes de Francia que penetra-

ba en las murallas de la capital del mundo. Cumplidos estos actos de devocion, le llegó su vez á la política. Adriano, como heredero de las tradiciones romanas, miraba á los lombardos cual á los mas temibles enemigos de la civilizacion italiana, y era regular que fuese así, pues habian invadido el territorio, siendo esto únicamente un hecho de barbarie que no habia producido derecho alguno. Poco le importaba á un papa, que una invasion emprendida con las armas en la mano se hubiese prolongado mas ó menos, pues no por ello pasaba de un accidente de la fuerza. Adriano, pues, como gefe de la península, dió el título de rey de los lombardos á Carlo-Magno, que por su parte le confirmó la donacion que Pepino hizo á la Iglesia. En definitiva el dominio temporal de los santos padres se compuso del exarcado de Ravena, de Pentápolis, de la Sabinia, de Terracina, de los ducados de Espoleto y de Benevento, de la marca de Ancona, de los ducados de Ferrara y de Bolonia, y de algunos otros territorios diseminados en Córcega, en Toscana, en el reino de Nápoles y en la Istria. Carlo-Magno volvió enseguida á activar la rendicion de Pavía, que continuaba resistiendo vigorosamente, pero el valor de los sitiados hubo de ceder á las enfermedades contagiosas y al hambre. El viejo duque de Aquitania desplegó todos sus esfuerzos para retardar la caida de una ciudad, en que el hijo de su enemigo habia de entrar vencedor, pero los habitantes cansados de su ardimiento, cuyas consecuencias habian de serles funestas, mataron á pedradas á Hunaldo. Murió como merecia, terminando apedreado una vida muy digna de tal muerte (1). Pavía no tardó en sucumbir; Didier, su muger é hijo cayeron en manos del monarca franco, el cual dirigió la familia á Lega. Al rey le mandó cortar el pelo, desapareciendo el reino de los lombardos despues de haber durado mas de dos siglos. Adalgisa, hijo de Didier, fué

(1) Sicut meruit, lapidibus dignam morte vitam finivit. Anast. vite pontific.

mas feliz que su padre, pues habiendo logrado escaparse de las murallas de Pavía; llegó salvo á Constantinopla. Dueño Carlo-Magno de la Lombardía á título de reino distinto del de los francos, dió una organizacion completa á su nueva conquista. Los duques y condes lombardos no intentaron oponer una guerra de guerrillas, que no pudiera menos de serles aciaga, y reconocieron al monarca franco que les aseguró la conservacion de sus puestos y dignidades, pues esto no era una revolucion social. Sin embargo Arigisa, duque de Benevento y yerno de Didier, como tenia á su disposicion fuerzas considerables, no desesperando de una fortuna en cuyo esplendor habia tomado parte, no quiso someterse.

Mientras Carlo-Magno triunfaba en Italia, los sajones se echaron sobre Hesse. El nieto de Cárlos Martel está ya en la Alemania. Dueño de Siegesburgo bate al momento á los sajones en las orillas del Weser, y penetrando hasta Loakre, somete á Hesse, que era uno de los príncipes sajones westfalienses, y le exige rehenes. Los argarienses se rinden igualmente. Convencido Carlo-Magno de que á lo menos por de pronto quedaban terminadas toda especie de hostilidades, manda una parte de sus tropas hácia el Weser. Apenas habian estas formado su campamento en Libdal, cuando los sajones westfalienses atacaron á algunos francos que habian ido á forragear, matando muchos de ellos; pero los soldados de Carlo-Magno volvieron desde luego á tomar la ofensiva, y habiéndose á

su vez presentado este príncipe, mató un considerable número de sajones. Despues de tan ruidosa venganza fué á gozar de algun reposo en su castillo de Schelestadt, en Alsacia, pero habiendo ocurrido graves acontecimientos en la Lombardía, hubo de acudir de nuevo á las armas. Adalgisa, hijo de Didier, se habia refugiado en Constantinopla, donde interesó al emperador en sus resentimientos y en sus esperanzas. En efecto la conquista del rey franco amenazaba á los

griegos hasta en sus retiradas posesiones de Italia. Los duques y los condes que Carlo-Magno habia conservado, echaban á menos el tiempo en que los lombardos formaban un pueblo independiente, pues á pesar de que no estaban confundidos con los francos, vivian despojados de su nacionalidad verdadera. Adalgisa aprovechando circunstancias tan favorables, participó sus proyectos á Rotgando, gobernador de Frioul y de la marca de Trevisa, el cual



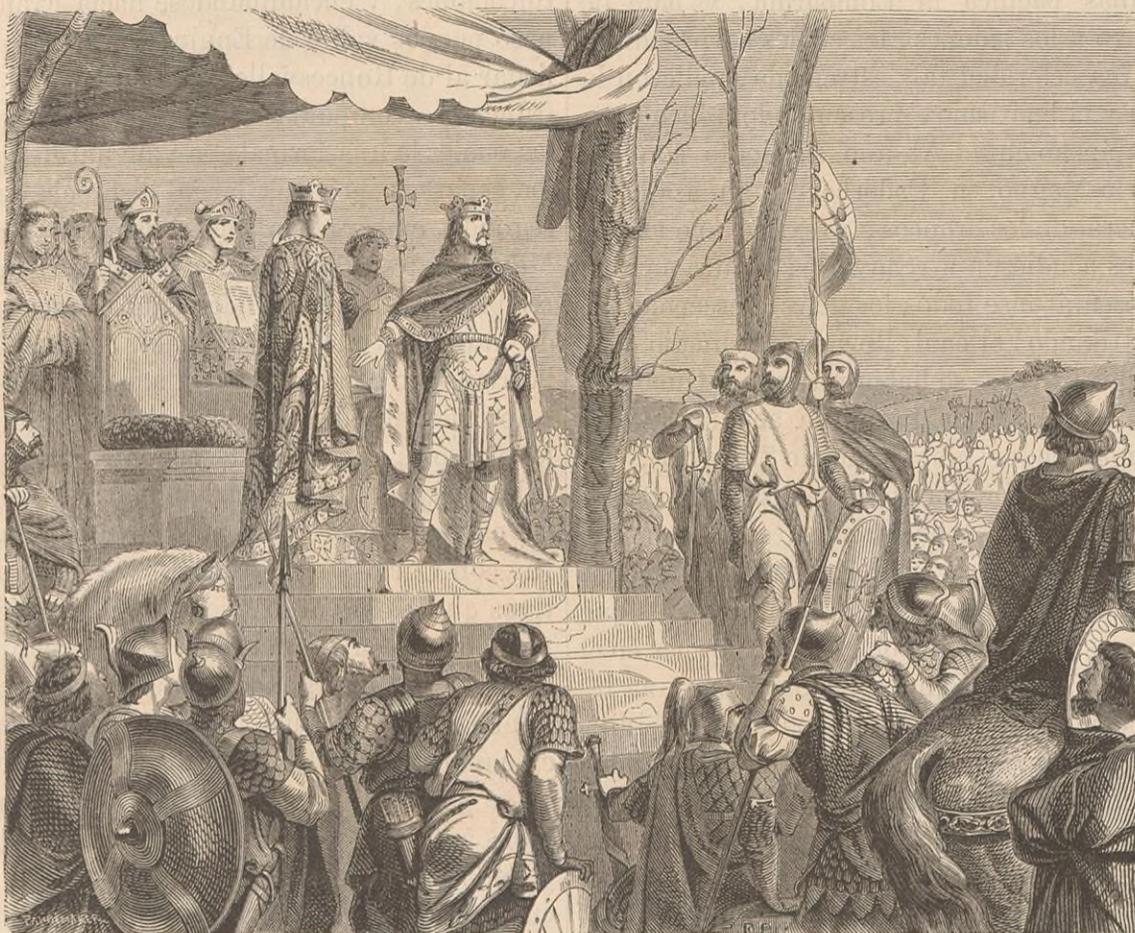
LUIS II.

entró en relaciones con otros duques, que deseaban ardientemente sacudir el yugo de Carlo-Magno; pero como el establecimiento del reino de Lombardía hubiera sido para el papa el colmo del infortunio, velaba continuamente. Varias veces habia tratado de abrir los ojos al rey, quejándose de la conducta que guardaba con él Hildebrando, gobernador del ducado de Espoleto. Carlo-Magno lejos de seguir ciegamente los consejos del papa y de participar de sus pasiones políticas, habia intentado conciliarle con el duque (1). El papa con el objeto de aparen-

(1) Hildebrando.

tar que entraba en la conciliación del rey franco, envió un encargado á Hildebrando, pero acercándose el momento de la crisis escribió á Carlo-Magno lo siguiente: « habiendo nuestro fiel capellan Estéban visto á Hildebrando, le ha hallado lleno de orgullo. Los diputados de Arigisa, duque de Benevento, los de Rotgando y de Reginbaldo se habian citado en Espoleto para conspirar

Estas noticias no decidieron á Carlo-Magno á pasar desde luego á Italia, sino que dió orden á un obispo y á un abad para que fuesen á avistarse con los duques de Espoleto y Benevento, los cuales reconociéndose descubiertos, abandonaron la causa del hijo de Didier, asegurando á los diputados del rey una fidelidad inalterable; pero el duque de Frioul, que habia ya levantado tropas é



JURAMENTO DE ESTRASBURGO.

con Hildebrando contra nos. Han convenido en reunir sus fuerzas en el marzo próximo con las tropas griegas que debe traer Adegisa, hijo de Didier. Su intencion es atacarnos por tierra y por mar, asaltar nuestra ciudad de Roma, dar al pillage las iglesias de Dios, quitar el copon de nuestro protector S. Pedro, y hacernos cautivos (de lo que Dios nos preserve) para restablecer al rey de los lombardos, y hacer que desaparezca nuestra autoridad real.»

insurreccionado ciudades, persistió en sus proyectos. El nieto de Martel, por medio de un movimiento rápido, se trasladó á las orillas del Danubio, atravesando el Tirol con lo mejor de sus soldados, y penetró de improviso en la Lombardia. Rotgando y su suegro el duque de Trevisa, cayeron al instante en su poder, y habiéndolos condenado á muerte, las ciudades que habian tomado parte en la revolucion se entregaron de motu proprio. Carlo-Magno para cortar de un solo golpe

los vínculos que existían entre los antiguos duques lombardos y el hijo de Didier, echó á los primeros de sus gobiernos, estableciendo en todas partes condes y duques francos.

Mientras cimentaba en Lombardía su poder vacilante, los sajones, aprovechando su ausencia, se habían levantado otra vez en masa, pero fueron rechazados. Llega el hijo de Pepino, y en el espacio de ciento veinte días pacifica la Lombardía, y bate de nuevo á los sajones, los cuales sorprendidos de una celeridad tan estremada, pidieron la paz y el bautismo, presentando rehenes espontáneamente. Al año siguiente convocó Carlo-Magno en Paderborn una asamblea general de los francos, y exigió que los sajones acudiesen á renovar sus juramentos. Presentáronse todos los gefes á escepcion de Wittikindo, el cual, llevado de su odio contra los francos, se había retirado á Dinamarca. A esta misma asamblea acudió también el gobernador musulman de Zaragoza, con el objeto de implorar la protección de Carlo-Magno contra Abderraman, otro emir que se creó un estado independiente en España. El lector no ha olvidado los destrozos que de más de un siglo cometían los árabes en el mediodía de la Francia, siendo esta una irrupción cuyas oleadas amenazaron la civilización entera de la Europa. Reunidos en los confines de la España, podían con el tiempo los árabes, dejando sus discordias, penetrar de nuevo en las comarcas en que contaban aun secretos partidarios. Este riesgo, aunque distante, no se ocultó al discernimiento de Cárlos, y para evitarlo quería establecer su dominio en una parte de España. Presentábasele un aliado para allanar las primeras dificultades, y siendo esta una de aquellas casualidades felices que la fortuna ofrece y deben cogerse al vuelo, Carlo-Magno reunió un ejército considerable que dividió en dos cuerpos, penetrando en España á la cabeza del primero. Bajando por Roncesvalles se dirigió á Pamplona, cuyos habitantes le abrieron las puertas de la ciudad, y le presentaron rehenes. En seguida contando con

la palabra del gobernador de Zaragoza que era el mismo que había asistido á la asamblea de Paderborn, se dirigió á aquella ciudad; mas no habiendo este emir podido realizar sus promesas, Carlo-Magno se retiró quedando dueño de todo el país entre el Ebro y los Pirineos, del cual hizo gobernadores á condes francos. Atravesando por segunda vez á Pamplona, arrasó sus murallas y fortificaciones, y encaminándose hácia Francia pasó por los valles de Engin y de Erro para llegar al de Roncesvalles. El ejército de los francos se componía de dos divisiones, de las cuales la una formaba la vanguardia, que iba separada por una larga distancia de la segunda, embarazada con el bagage. Carlo-Magno antes de empezar su expedición había recibido juramento de fidelidad á Lupo, hijo de Vaifredo y nieto de Hunaldo, al cual halló reinando como duque en aquellos países. Lupo, fiel al odio de sus padres, indujo á los vascos á que se ocultasen entre las rocas y los bosques que dominaban el valle, desde cuyas ventajosas posiciones habían de acabar con Carlo-Magno y los suyos. Por motivos que se ignoran, dejaron pasar á este príncipe y á su vanguardia, reservando sus golpes para la segunda división, á la cual estaba confiada la custodia del botín apresado en aquella campaña. De toda la retaguardia no se salvó ni un solo hombre, quedando todos aplastados bajo el peso de las piedras y de las rocas que se hacían rodar desde las cumbres. Veamos en qué términos cuenta Eginhardo ese desastroso suceso: «Cárlos volvió de España con sus tropas sanas y salvas; sin embargo á su vuelta se resintió un poco de la perfidia de los vascos (1). Los soldados según la conformación del terreno caminaban en una línea larga y estrecha, y los enemigos se habían ocultado en medio de los bosques y sobre la cresta de las montañas. Así emboscados se echaron de improviso sobre los bagages y la retaguardia que los protegía, y precipitándola en el fondo del

(1) Vasconiam perfidiam parumper contingit experiri.

valle, la acuchillaron hasta el último soldado, pero no sin haberse los francos resistido vigorosamente. En seguida robaron todo el bagage, y gracias á las sombras de la noche se diseminaron con la mayor celeridad por diversos lugares. Los vascos, dice Eginhardo, reunian á la ventaja de su posicion, la estrema ligereza de sus armas, mientras todo estaba contra los francos: la aspereza del terreno y el peso de las suyas. En esta emboscada sucumbieron Eginhardo, mayordomo del rey, Anselmo, conde de palacio, Rolando (1) comandante de la frontera de Bretaña, y muchos otros guerreros. Tan cruel descalabro aguí mucho en el corazon del monarca el gozo por los triunfos obtenidos en España.»

Parece que la tentativa de Carlo-Magno esplicada en pocas palabras por sus contemporáneos se hizo en una vasta escala: no sin reflexionar se habia empeñado en una expedicion que tenia por objeto arrojar á los árabes á la otra parte del Ebro, que entonces hubiera servido de barrera entre los dos imperios. Carlo-Magno tenia por otra parte un buen número de partidarios que se refugiaron en el mediodía de la Francia, donde por largo tiempo fueron reconocidos sus descendientes, hasta que al fin los siglos los confundieron con el resto de la poblacion. A Lupo, único fautor de tan horrible traicion, Carlo-Magno lo entregó á los verdugos para que lo ahorcasen. Mas tarde erigió en estado particular, considerándola sin embargo como parte integrante del imperio, á la Aquitania, que podia reputarse cual la vanguardia opuesta á la invasion musulmana.

Únicamente indicaremos aquí una nueva excursion que á su vuelta de España emprendió Carlo-Magno al país de los Sajones, que habian aprovechado su ausencia para sublevarse. Esta expedicion, como las pre-

(1) Este es aquel Rolando á quien los romanceros han atribuido despues tan gran número de hazañas fabulosas. Además le han supuesto sobrino de Carlo-Magno. Es tambien una de las personas principales del tan divertido como ingenioso poema del célebre Ariosto.

cedentes, tuvo por resultado algun destrozo pasajero, pues no era venido aun el dia en que aquéllas hordas habian de someterse irrevocablemente. Dejando á un lado estas fastidiosas repeticiones, preferimos seguir un momento al nieto de Cárlos Martel en los pormenores de su vida privada: luego entraremos en los generosos esfuerzos para la instruccion de los pueblos, revelando en fin los principios de su gobierno, esplicados por las leyes ó capitulares que decretó. Para ofrecer un retrato exacto de Carlo-Magno, tendremos que acudir á Eginhardo cuyo testimonio, habiendo vivido en la mayor intimidad con el monarca, no puede dejar de ser de un peso inmenso.

Vestia generalmente el mismo traje que los francos, á saber, camisa y calzoncillos de lienzo, una túnica bordada de seda, y calzones; cubriase las piernas con vendas, y el pié con un calzado muy prieto. A este vestido añadia en invierno otro de piel de nutria, y colgaba la espada de un biricú de plata ú oro. En las fiestas principales y en las audiencias que daba á los embajadores estrangeros, ceñia una espada guarnecida de piedras preciosas, y jamás quiso usar trajes estrangeros por magníficos que fuesen, y solo dos veces, á solicitud de los papas Adriano y Leon, usó túnica larga, clámide y calzado romano. En las festividades principales y en las procesiones vestia una túnica tejida de oro, y llevaba un calzado cuajado de pedrerías; añadia á la capa un broche de oro, y poníase en la cabeza una diadema en que brillaban muchos diamantes.

Parco en el comer y sobrio en la bebida, miraba con horror la borrachera en todos los rangos, pero sobre todo cuando se trataba de él ó de los suyos. Le costaba mucho privarse del alimento, oyéndosele muchas veces quejar de que los ayunos deterioraban su salud. No daba banquete sino en las fiestas solemnes, en las cuales era considerable el número de convidados. Ordinariamente comia cuatro platos además del asado, que le gustaba mucho y que le servian en el

mismo asador. Durante la mesa complaciale que le contasen las hazañas de los antiguos, ó bien le leyeran las obras de S. Agustín, de que hacia mucho aprecio, particularmente *de la Ciudad de Dios*. Rara vez, en toda la comida, llevaba tres veces el vaso á sus lábios; pero en verano, aunque no comiera mas que fruta, bebia en seguida, luego se desnudaba y dormía dos ó tres horas: de noche se despertaba cuatro ó cinco veces, y en cada una de ella se levantaba un ratito. Mientras se vestia recibia á los amigos, y cuando el mayordomo de palacio le decia que era preciso que tomase conocimiento de algun pleito para que se juzgase con rectitud, llamaba al instante á las partes, y oidas sus razones, fallaba como si hubiese estado en su tribunal; en seguida designaba á cada uno su tarea para el dia, y á sus ministros los negocios á que debian dedicarse. La elocuencia de Carlomagno era tan fecunda, que podia expresar todos sus pensamientos sin recurrir á su lengua materna. Sabia la latina, y la hablaba con tanta facilidad como si hubiese sido su idioma nativo. Comprendia muy bien el griego, lo hablaba con dificultad, y por lo demás su facundia era suficiente para abusar de ella algunas veces. Se habia dedicado con mucho ahinco á las artes liberales, así es que veneraba á sus maestros, y los colmaba de honores. El diácono Pedro Pisan le dió en su vejez algunas lecciones de gramática, y en los demás estudios fué su maestro Albin, por otro nombre Alcuin, diácono breton, hombre muy versado en todas las ciencias. Cár-

los habia empleado con él mucho tiempo, y trabajó para aprender la retórica, la dialéctica, y sobre todo la astronomía: además se aplicó al arte del cálculo, y á seguir el curso de los astros, y se dedicó á formar la letra, teniendo siempre en la cabecera de su cama, tablillas y libritos para adiestrar su mano en la escritura; pero no adelantó mucho en esta clase de trabajo, que habia empezado tarde y fuera de sazón.

Parece muy extraño que un hombre tan

grande no supiese escribir correctamente, habiendo esto suscitado una disputa entre los eruditos, de los cuales unos han afirmado que no se trataba de la escritura comun, sino de una especie de caligrafía, al paso que otros han decidido irrevocablemente que Carlomagno no sabia escribir. Dificilmente puede concebirse semejante ignorancia en medio de las guerras, de los mensajes, y de la correspondencia que el príncipe enviaba y recibia de con-



LUIS III Y CARLOMAN.

tinuo; y por otro lado es posible saber diferentes lenguas, hablarlas con gracia y facilidad, sin escribirlas ni aun medianamente. En definitiva la lectura basta para formar y conservar un caudal de ideas, y Carlomagno habia poseido este conocimiento desde sus mas tiernos años, además de que hablaba continuamente con las personas mas ilustradas de la época. La abundancia y la fertilidad de su talento debieron serle suficientes para sus vastos trabajos. Hace veinte y dos años, que cuando nuestras hazañas llenaban la Europa en todas direcciones, oimos á nuestros soldados, echados tan pron-

to en el norte, como en el mediodía, hacerse entender en muchas lenguas en las cuales seguían largas conversaciones, sin conocer las letras de los libros franceses. Carlo-Magno pudo pues llegar á ser profundamente instruido, sin conseguir en rigor servirse de la escritura comun. Además le bastaba hacerse comprender de sus ministros, los cuales redactaban ó hacían redactar los papeles, y despues de habérselos leído, los admitía ó desechaba segun consideraba conveniente.

Carlo-Magno no amaba únicamente las ciencias y las letras con respecto á sí mismo, sino que como hombre que tiene el instinto de todo género de grandezas, conocía sus ventajas; y á sus ojos dar á comprender al pueblo sus deberes, equivalía á facilitar su cumplimiento. En sus viajes á Italia, le llamaron la atención las nobles y hermosas ruinas, que habían triunfado de las escursiones de tantos bárbaros. La Italia

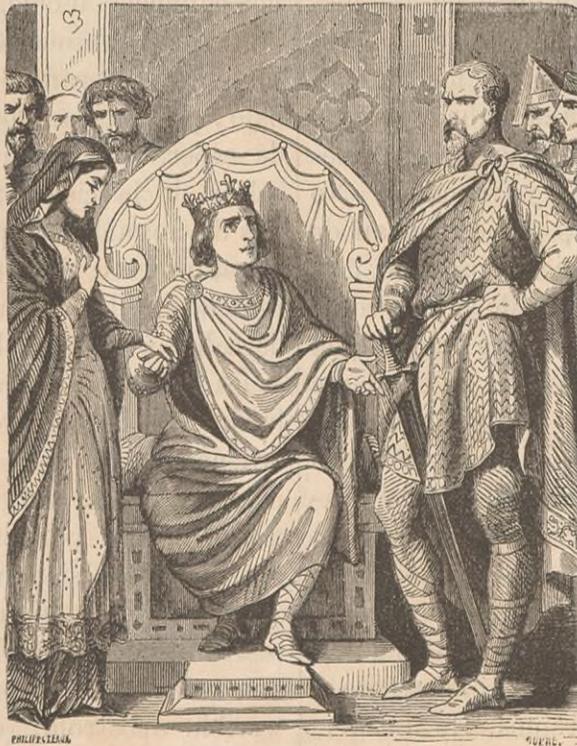
era todavía soberana en todos los dones del ingenio, y Carlo-Magno quiso participar de su soberanía. El monje de Angulema dice que estando Cárlos en Roma reunió maestros de gramática y de cálculo, que á su vuelta se los llevó á Francia, recomendándoles que generalizasen allí el gusto por las letras; «pues antes del Sr. Rey Cárlos, ningun francés se dedicaba al estudio de las artes liberales.» Pero las artes y las ciencias no nacen ni crecen por la sola voz de un monarca, es menester que predique con el ejemplo. Carlo-Magno se hallaba sin cesar rodeado de personas instruidas, á las cuales distinguía

y agasajaba con tanta finura como esplendidez, en términos que á Alcuin le gratificó con cuatro abadías. Estas recompensas eran un perpétuo estímulo, así es que todos estudiaban, prometiéndose llegar un dia á ser ricos.

El nieto de Cárlos Martel conoció bien pronto que los eclesiásticos, directores de la conciencia de los pueblos, eran los únicos aptos para darles alguna tintura de ilustración, pues que gozando de toda su confian-

za, podían emplear la persuasión con la cual se gana é ilustra á los pueblos. Pero hubo de detener mucho tiempo el ardor del monarca la dificultad inmensa de que los mismos eclesiásticos yacían en la mas profunda ignorancia. Sin embargo, convencido de que había de acudir á ellos, dirigió constantemente sus esfuerzos á aquel objeto. A este fin, entre el número de los antiguos monumentos franceses, contamos una circular de este príncipe, dirigida

á Rangulfo de Tulda, que dice así: «En las cartas que durante estos últimos años nos han dirigido con tanta frecuencia los monasterios, hemos podido observar que el juicio de los religiosos era recto, pero sus discursos faltos de elegancia y aun incultos. Hemos notado también que no eran capaces de espresar lo que una piadosa devoción les inspiraba, sin descubrir su ignorancia en la lengua, origen de numerosos errores en la interpretación de los libros santos.» Despues de esta censura, cuyas palabras son tan suaves, los invita «á que solo admitan á hombres que tengan voluntad y disposición



CARLOS EL SIMPLE DA Á ROLLON SU HIJA GISELA.

para aprender, á fin de que enseñen á los demás lo que ellos hayan aprendido.» Esta circular concluye en los términos siguientes: «Deseamos vivamente que todos seais cual conviene á los soldados de la Iglesia, religiosos por dentro, sábios por fuera, castos para bien vivir é instruidos para bien hablar.» El monge de S. Galo cuenta de una manera dramática los esfuerzos perseverantes de Carlo-Magno para derramar algunas semillas de instruccion entre sus súbditos, y deben tener su lugar en una historia, cuyo objeto es dar á conocer las costumbres y las instituciones de los antepasados. ¿En dónde pueden descubrirse mejor estos pormenores que en estas narraciones de crónicas tan ingenuas y sencillas? No parece sino que los siglos pasados alzan de nuevo su cabeza para iniciarnos en lo mas interesante de ellos, sucediendo en esto como en las conversaciones familiares en que todo se dice en alta voz, porque nadie tiene qué ocultar. Oigamos á este antiguo cronista. «En las riberas de la Galia desembarcaron dos hijos de Hibernia, hombres muy versados en las escrituras sagradas y profanas, y aunque llegaron como mercaderes bretones, no presentaban objeto alguno de venta, pero gritaban sin cesar á la multitud: Si alguno desea sabiduría, que se presente á nosotros, que se la venderemos. En fin, gritaron tan fuerte y tanto tiempo, que los tomaron por locos. Esta ócurrenca llegó al momento á oídos del rey Cárlos, aficionado con pasion á las ciencias. Mandólos llamar, y les preguntó si realmente llevaban consigo la sabiduría. Contestáronle: «la tenemos, y en el nombre del Señor la comunicamos á los que la buscan dignamente.» Y como les preguntase qué exigian en pago, respondieron: «un lugar cómodo, criaturas inteligentes, y aquello sin lo cual no podemos pasar en la peregrinacion de esta vida, es decir, alimento y vestido.» El monarca, muy alegre, los alojó en su palacio algun tiempo, pero obligado á salir á alguna expedicion militar, mandó á uno de ellos, llamado Cle-

mente, que se quedase en la Galia para educar un crecido número de niños de alta, mediana y baja condicion, y les hizo distribuir los alimentos segun sus necesidades, señalándoles además una habitacion cómoda. Al otro escocés (Juan Mailros), discípulo de Beda, le mandó embarcarse para Italia, confiándole el monasterio de S. Agustin, para que fundase en él una escuela. Cuando despues de una larga ausencia, el victorioso Cárlos volvió á la Galia, se le presentaron los niños confiados al cuidado de Clemente, y le pidió que le enseñasen sus letras y sus versos. Los que eran de nacimiento mediano, ó bajo, presentaron obras que escedieron á toda esperanza, condimentadas con todas las salsas de la ciencia; los niños de las familias distinguidas no presentaron sino insípidas tonterías. Entonces el prudente rey, imitador de la sabiduría divina, puso á su derecha á los que habian trabajado bien, y les habló así: «os agradezco, hijos míos, lo que os habeis aplicado, siguiendo mis órdenes para la utilidad vuestra; esforzaos para llegar á la perfeccion, y tendreis buenos obispados y buenas abadías, y procuraré honraros siempre.» Luego volviéndose á los de su izquierda, presentándoles un rostro airado, y turbado su corazon, con una mirada llena de fuego les dirigió este terrible apóstrofe: «Vosotros, muchachos nobles y mimados, habeis despreciado mis órdenes, vuestra gloria y el estudio de las letras; os habeis abandonado á la molicie, á los juegos, y á la pereza ó á frívolos ejercicios.» Levantando en seguida al cielo su cabeza augusta y su invencible brazo, profirió su juramento de costumbre: *Por el Rey de los cielos*, y continuó: «Nada me importa, lindos muchachos, ni vuestra nobleza, ni vuestra hermosura, y tened entendido que si á fuerza de estudio y de celo no me haceis olvidar vuestra negligencia, nada debéis esperar de Cárlos.»

»A uno de los niños que habia llegado á ser muy hábil en dictar y escribir, lo colocó en su capilla. Un dia que se estaba informan-

do de la muerte de un obispo, habiendo preguntado si el prelado envió al otro mundo alguna parte de sus bienes y de los frutos de su trabajo: «solo dos libras de plata, le contestaron.» Nuestro jóven clérigo adicto á la capilla, suspiró, y dejó escapar delante del rey esta exclamacion: *Viático muy escaso para un viage tan largo!* Cárlos le replicó: «Si tú poseyeres el obispado que deja este hombre, ¿te proveerías con mas abundancia?» El clérigo abriendo la boca cual si aguardase una breva, se precipitó á los piés del rey: «Señor, lo dejo á la voluntad de Dios, y á vuestra omnipotencia.—Ocúltate, pues, detrás de la cortina que está colgada á mi espalda, y cuenta cuántos protectores tienes.» En efecto, apenas cundió la noticia de la muerte del obispo, cuando los oficiales de palacio que estaban continuamente en acecho de las desgracias y de las aflicciones de otro, se apresuraron impacientes, envidiosos por obtener la plaza que estaba vacante. Pero Cárlos contestó á todos, que se habia comprometido, y queria cumplir su palabra. En fin la reina Hildegarda, despues de haber enviado á los grandes del reino, se dirigió en persona al rey, á fin de alcanzar el obispado para su propio clérigo. Recibióla con alegre continente, asegurándole que no podia ni queria rehusarle cosa alguna, pero que esta vez estaba comprometido con un clérigo jóven. La reina, igual á todas las mujeres cuando quieren doblegar á su capricho la voluntad de un marido, disimuló su cólera y adelgazando su gruesa voz, se esforzó en vencer con sus caricias el alma inalterable del emperador, diciéndole: «caro príncipe mi señor, ¿por qué arriesgar la pérdida de semejante obispado confiándolo en manos de un niño? Conjúroos, querido señor mio, mi gloria y mi apoyo, que lo deis con preferencia á mi clérigo, atento servidor vuestro.» Entonces el jóven protegido por Carlo-Magno, apretándole con la cortina que le ocultaba, exclamó con la voz afligida: «Firme, señor rey, ¡no os dejéis arrancar de las manos el poder que Dios os ha

dado!» Entonces el rey, animoso amigo de la verdad, le dió orden para que se manifestase, y le dijo: «Recibe este obispado, y no dejes de enviar para que nos precedan á mí y á tí mas abundantes limosnas, y mas provisiones para ese largo viage del cual no se vuelve jamás.»

Carlo-Magno tenia consigo una escuela permanente, llamada *escuela de palacio*, la cual bajo la direccion de Alcuin seguia al monarca en todos sus viages. Entre los principales asistentes se distinguian Carlo-Magno, Cárlos, Pepino y Luis, sus tres hijos; Adalhardo, Angilberto, Flavio Dameta, Eginhardo, consejeros habituales del gran monarca; los dos prelados, Riculfo, arzobispo de Maguncia, y Rigbod, obispo de Tréveris; oyendo además sus lecciones con el mayor ardor y gusto, Gisla, hermana de Carlo-Magno, otra Gisla su hija, Rictrudis, religiosa de Chelles, y Cundrada, hermana de Adalhardo. La historia nos ha conservado un trozo bastante ingenioso titulado *Disputatio*, en el cual se ve que Alcuin mas puede decirse entrenia á sus discípulos con ingeniosas contestaciones, que con un curso propiamente dicho. Júzguese de ello por las citas siguientes. Dos son los interlocutores, Alcuin y Pepino, hijo del monarca, que tenia entonces diez y seis años y es el que pregunta.

— ¿Qué es la escritura?

Alcuin. —La conservadora de la historia.

Pepino.—¿Qué es la palabra?

Alcuin. —El intérprete del alma.

Pepino.—¿Qué es lo que da nacimiento á la palabra?

Alcuin. —La lengua.

Pepino.—¿Qué es la lengua?

Alcuin. —Un azote del aire.

Pepino.—¿Qué es el hombre?

Alcuin. —Un esclavo de la muerte, un viandante pasajero, huésped sin habitacion.

Pepino.—¿Qué es la vida?

Alcuin. —Un placer para los felices, un dolor para los miserables, la espera de la muerte.

Pepino.—¿Qué es aquello de que los hombres no se cansan?

Alcuin.—La ganancia.

Pepino.—¿Cuál es el sueño de los despiertos?

Alcuin.—La Esperanza.

Pepino.—¿Qué es la esperanza?

Alcuin.—El alivio del trabajo.

Pepino.—¿Qué es la amistad?

Alcuin.—La semejanza de las almas.

Pepino.—¿Qué es la fe?

Alcuin.—La convicción de las cosas ignoradas y maravillosas.

No apuntaremos mayor número de citas que en definitiva manifiestan sagacidad y sutileza, y que por otro lado prueban que la civilización estaba muy poco adelantada, y que el hombre más notable de su siglo reducía á muy poca cosa la instrucción de un príncipe real. Pero todo es relativo, y lo digno de notarse aquí, no es tanto la solidez de la doctrina, como el poder del ejemplo. Ciertamente la escuela, ó mejor, la academia de

palacio, siendo el blanco de tantos hombres poderosos que formaban el acompañamiento habitual de Carlo-Magno, había de inspirarles una emulación de saber, aunque solo la considerasen cual un medio seguro de complacer al soberano. Pero diremos

que desgraciadamente tantos esfuerzos no produjeron un resultado duradero. Los miembros de la academia de palacio llevaban todos un nombre sagrado ó profano tomado de la antigüedad. Carlo-Magno sellamaba David; Alcuin, Flaco; Angilberto, Homero. Alcuin que tuvo el ascendiente más irresistible sobre su siglo, aunque se dedicó mucho en las controversias religiosas, no era exclusivamente teólogo, así es que ha dejado obras filo-



MUERTE DE LUIS DE ULTRAMAR.

sóficas y literarias, composiciones históricas y poéticas. En un tratado con el título de *De virtutibus et vitiis* se hallan capítulos que admiran por la exactitud de las ideas y de las observaciones que pueden aun hoy hacer útil y grata su lectura.»

Hablemos ahora nosotros de Carlo-Magno.



CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

La HISTORIA GENERAL DE FRANCIA constará precisamente de unas 300 entregas de ocho páginas en fólío, de abundante y clara lectura, impresas con tipos enteramente nuevos y en papel satinado.

La adornarán unos 2,000 bellísimos dibujos entre láminas sueltas, grabados intercalados, portadas, retratos, etc. y una coleccion especial de láminas de gran tamaño, que representarán los sucesos mas memorables de Francia y las cuales podrán reunirse formando un hermoso album ó encuadernarse con la obra.

Todas las láminas, dibujadas por los mas renombrados artistas, como Gustavo Doré, Philippoteaux, Fath, etc., serán de REGALO para los suscritores á la presente historia.

Los que no siendo suscritores quieran hacerse con la coleccion de láminas sueltas que daremos durante la publicacion, pagarán por cada lámina de gran tamaño cuatro reales y por cada una de fólío un real y medio.

La entrega costará tan solo

un real en toda España.

Se repartirán con toda puntualidad dos entregas cada semana.

PUNTOS DE SUSCRICION.

BARCELONA: En la administracion de la «Enciclopedia ilustrada», calle del Carmen, números 30 y 32; en la «Ilustracion», Mendizabal, 4, y demas centros de suscripcion y principales librerías.

FUERA: En casa de nuestros corresponsales, en todos los centros de suscripcion y librerías españolas.

Los que quieran suscribirse directamente podrán mandar nota á D. Simon Torner, administrador de la «Enciclopedia ilustrada», remitiéndole por adelantado en sellos de correo ó libranza, á lo menos el valor de veinte entregas, el cual deberán renovar antes de mandarles otras.